

# CONFUSION

Cuando creíamos que la confusión era un resultado de la época posconciliar, con sus renovaciones y reformas, vemos que esta confusión no es privativa del mundo religioso: es una cosa mucho más amplia.

El nuevo planteamiento que el Concilio Vaticano II hizo de la enseñanza religiosa, la valentía con que afrontó nuevos planteamientos doctrinales, la aceptación de una fraternidad ecuménica no sólo práctica, sino en algunos aspectos doctrinal, las posibilidades de reforma litúrgica que apenas han comenzado y el desprendimiento que propugnaba de sus ataduras políticas y sociales conservadoras, produjo un «shock» en el mundo católico. Y de él surgió una crisis, que como toda crisis es algo positivo. Porque es la lucha de la vida por salir a flote de aquellas cosas que la ocultan y la impiden desarrollarse.

Sin embargo, hoy la confusión que reina en el mundo religioso me parece que tiene otras causas: son las mismas que afectan al mundo de las cosas humanas y temporales.

Cuando el Papa hacía el balance —hace pocos días— de los cinco años después del Concilio, señalaba algunos aspectos buenos y malos de esta confusión y de su correspondiente crisis; pero se olvidó de señalar —en mi opinión— que la raíz de todo ello es una raíz sociológica que, con gran perspicacia, vislumbró en su discurso del miércoles 30 de diciembre para nuestro mundo.

En una frase ligeramente ambigua señalaba nuestra enfermedad social, y decía: «El mundo parece asaltado por la enfermedad del desorden».

No obstante, la explicación que da de esta enfermedad aclara la frase definitivamente. Afirma que este desorden es el de «la falsa legalidad», «la criminalidad», «la seudopolítica de la fuerza», «la demagogia», «la contestación sistemática», «la carrera comercial y militar de armamentos».

Y esa falsa legalidad es, en nuestro mundo del siglo XX, el desorden establecido en forma autoritativa.

La seudopolítica de la fuerza es uno de los males que tiene más arraigados nuestra sociedad de consumo, la cual mitifica el poder avasallador de los fuertes no sólo físicamente, sino psicológica, social y económicamente. En un mundo en donde la comunicación humana, la comprensión mutua y la cooperación constructiva han sido olvidadas como ley de vida es lógico que «la agresividad y la hostilidad sean la réplica de un organismo que se siente frustrado» (A. Montagu, *La mujer, sexo fuerte*. Ed. Guadarrama, Madrid, 1970). Este gran antropólogo que —desde el punto de vista meramente científico— coincide con las intuiciones de ese gran transformador social que fue Pedro Kropotkin a principios de siglo, ha demostrado que «el hombre nació para la cooperación, no para el conflicto o la competencia; este es un descubrimiento fundamental de la ciencia moderna, que confirma el que hicieron hace unos dos mil años un cierto Jesús de Nazareth y otros antes que él» (A. Montagu, *¿Qué es el hombre?* Ed. Paidós, Buenos Aires, 1969). Nuestro lema de la sociedad consumista es adquirir cuantitativamente cada vez más, sin discernimiento ni cualificación. No se trata de consumir inteligentemente, a nivel humano y colectivo, sino de consumir cada vez más, en forma radicalmente egocéntrica y puramente mecánica. Y hasta el sexo se ha convertido en un objeto más de consumo, desvirtuando su raíz misma de comunicación entre los seres humanos y convirtiéndolo «no en una actividad de comunicación, sino en una posesión que puede ser preservada celosamente, intercambiada, comprada y vendida, arrebatada, conquistada, entregada...» (John Wilson, *Lo absurdo de nuestra moral sexual*. Ed. Fontanella, Barcelona, 1970).

Y en la Iglesia hemos visto una influencia excesiva de esta tendencia consumista en noticias de estos días, como la que ha citado la prensa informándonos, por ejemplo, de que la archidiócesis de Chicago es la más rica de los Estados Unidos, con un total de 85 millones de dólares, o sea, unos 6.000 millones de pesetas. Sin duda que esto se justifica por la inversión que se da a este dinero para obras religiosas y educativas; pero también es cierto que de estos millones la tercera parte está en valores bursátiles y bonos del Estado, lo cual hace entrar a la institución humana eclesial en el círculo de hierro de la sociedad capitalista de consumo, con todos los graves perjuicios que, para el mensaje sencillo y pobre del Evangelio, se derivan casi necesariamente. También hemos

leído en el moderado *Le Figaro* que «Monseñor Marcinkus toma la dirección del Banco del Vaticano» (*Le Figaro*, 4 janvier 1971).

Este obispo americano «ha tomado la dirección del Instituto para las obras religiosas, organismo creado por el Papa León XIII en 1887, y que es el Banco oficial del Vaticano». Un representante de la mentalidad «consumista», «competitiva» y «capitalista» se hace cargo de los asuntos financieros de que se ocupa este organismo pontificio. Y pasará así lo mismo que hemos comentado acerca de la archidiócesis de Chicago: todo se justifica en estas inversiones por el empleo religioso que se puede dar a ese dinero. Pero se vuelve a caer en el mismo peligro antes señalado: la entrada en el círculo consumista y capitalista a través de estas fuertes posesiones, por mucho que se quieran utilizar de una manera conveniente.

La demagogia es otro de los factores de que se vale nuestro mundo actual para tener acallados, en una tensión engañosa, a muchos hombres con problemas que sólo se resolverían con una verdadera y profunda transformación de las estructuras sociales y no con palabras que parecen propugnar algo radical y en realidad dejan los problemas prácticamente como estaban. Incluso en la propia Iglesia está ocurriendo esto con muchos teólogos o pensadores cristianos que de buena fe propugnan una demagogia doctrinal que no conduce a una verdadera transformación profunda de la expresión anticuada de nuestro mensaje religioso. El Evangelio debe ser para todos los tiempos; pero no basta con renovar externamente las formulaciones teológicas o con olvidar el sentido profundo de algunas enseñanzas religiosas cristianas. Lo que hace falta es que hombres plenamente inmersos en nuestra cultura del siglo XX —y difícilmente lo puede hacer esto el clero, en buena parte separado de nuestro mundo por su formación y género de vida—, que viviendo profundamente su fe, expresen lo que ésta significa para ellos en un mundo culturalmente tan distinto del de hace sólo cuarenta o cincuenta años. Lo cual no quiere decir que una parte del clero no pueda acertar, pues ahí tenemos el caso —discutible como científico, pero no como creyente— de un Teilhard de Chardin, S. J., quien vivió su fe dentro de la cultura actual, y por eso ha tenido tanto éxito en el mundo alejado de la creencia religiosa tradicional y ha producido, en cambio, tanta alergia en los medios eclesiales conservadores.

Para salir de esta enfermedad necesitamos serenidad —como pide el Papa—, y así es como «conquistamos una personal libertad de juicio».

Y en esta libertad de nuestro juicio tenemos que concluir dos cosas: 1.º) que el hombre necesita unos ideales humanos renovados, en consecuencia con la cultura actual, y 2.º) que la Iglesia debe reformar y transformar su estructura humana de una manera profundamente radical hacia una humanización cooperativa y no hacia una tecnificación dentro del círculo de nuestra sociedad de consumo, que le impide expresar con suficiente mordiente el mensaje evangélico.

No olvidemos —a propósito de la primera conclusión— que «la delincuencia juvenil, la neurosis, la enfermedad psicósomática, el aburrimiento, la angustia, la culpabilidad y otros sentimientos han aumentado en proporción a nuestro desarrollo tecnológico y al incremento de la opulencia». Y eso es debido a «la falta de un designio unificante», como dice el profesor John Wilson. Es lo mismo que subraya el Papa vislumbrando la necesidad de «un ansia de humanidad ideal». Pero sin caer en la tentación de huir de la realidad del mundo «para refugiarnos en un egoísmo más pecaminoso o más soñador», como ocurre en nuestra sociedad del desarrollo consumista.

Por eso las interrogantes que nos hacemos hoy en día los hombres de cara al futuro son: «¿Por qué ideal debo combatir?, ¿tengo ideal alguno?, ¿tengo principios?, ¿por qué valores debo obrar y luchar?, ¿poseo ideas claras sobre las cosas por las que vale la pena comprometerse y jugarse la vida?».

Y ante ellos no olvidemos que sobre el consumo cuantitativo y casi neurótico está la vida, como dice Pablo VI. Y lo que hace falta es que los hombres —y no sólo unos pocos— puedan vivir plena y humanamente.

Lo que queremos los hombres de hoy, dentro y fuera de la Iglesia, es vida, y vida para todos. Y no camisas de fuerza doctrinales o institucionales que ahoguen esta vida; ni tampoco engaños sustitutivos demagógicos.

MIRET MAGDALENA